

La evangelización, a veinte años del Concilio Vaticano II

JESÚS SASTRE GARCÍA

En todos los niveles eclesiales se respira un deseo de volver al Vaticano II para analizar la realidad actual y orientar el compromiso futuro. Necesitamos un marco referencial que nos permita superar ambigüedades y posturas contrapuestas que actúan como neutralizadoras de la vida cristiana y de la acción apostólica.

La identidad de la comunidad cristiana depende en gran medida del tipo de presencia y encarnación que se tenga; por lo mismo, hablar de la evangelización a veinte años del Concilio Ecuménico Vaticano II, es preguntarse por el dónde y cómo de la vivencia y anuncio del Mensaje Cristiano.

El anuncio de la Buena Nueva y la propuesta de Jesús tienen como finalidad la confesión de fe desde la propia vida, y el compromiso transformador de la realidad para que aparezca el Reino de Dios.

Esta misión única de la Iglesia universal, que afecta a la vocación de cada cristiano, únicamente puede llegar a ser asumida mediante un proceso catecumenal que dé respuesta a los retos del mundo actual del agnosticismo, la idolatría y la tribalización.

¿Qué nos dice el Vaticano II respecto de la acción evangelizadora de la Iglesia? ¿Cómo lleva la Iglesia a la práctica esta tarea que constituye su razón de ser? ¿Qué retos y urgencias pastorales descubrimos a veinte años del último Concilio?

1. EVANGELIZACION Y MODELO DE IGLESIA

Por la evangelización la Iglesia se realiza como tal y construye el Reino de Dios; es decir, la comunidad de bautizados aparece como el ámbito preferencial de la nueva vida y el instrumento principal que prolonga la acción salvadora de Jesús.

Esta tarea es de toda la Iglesia; por el Bautismo y la Confirmación todos los cristianos tienen el derecho y el deber de ejercer el apostolado.

Toda acción pastoral de la Iglesia debe partir de la presencia de los cristianos en su medio ambiente, pasa por el discernimiento de los signos de los tiempos y apunta a la plenitud escatológica.

La evangelización suscita la conversión y el seguimiento de Jesús con el que el hombre se encuentra personalmente en la celebración sacramental.

El modelo de Iglesia que puede vivir la evangelización debe tener un talante misionero, encarnado en el pueblo y los oprimidos, comunitario y profético.

En la eclesiología del Vaticano II la evangelización ocupa el primer lugar, pues pretende anunciar al hombre de hoy la novedad de sentido y esperanza que adquieren todas las experiencias de la vida desde el acontecimiento Jesucristo.

Este anuncio únicamente se puede hacer desde una comunidad que ofrece la experiencia original y gratuita de lo que dice:

«Como el mismo Cristo escudriñó el corazón de los hombres y los llevó con un coloquio verdaderamente humano a la luz divina, así sus discípulos, inundados profundamente por el Espíritu de Cristo, deben conocer a los hombres entre los que viven y conversar con ellos para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios, generoso, ha distribuido a las gentes, y al mismo tiempo ha de esforzarse por examinar estas riquezas con la luz evangélica, libertarlas y reducirlas al dominio de Dios salvador». (*Ad Gentes*, número 12)

Por lo tanto, la evangelización no es una acción única e indiscriminada, sino que parte de la consideración de los distintos ambientes culturales, tipos de creyentes y sectores sociales. No se trata, pues, de clarificar intelectualmente el mensaje cristiano, sino de vivir históricamente la salvación de Jesús en cada situación concreta.

La realidad cotidiana nos dice que hay multitud de factores y elementos que impiden realizar la evangelización de forma inmediata. El acto de fe incluye la adhesión de toda la persona, es decir, de las ideas, valores, afectos, compromisos, etc. Esta respuesta total y globalizante exige una preparación del terreno, un proceso vital y una adaptación del Mensaje para que sea comprensible por aquéllos a quienes se dirige.

El trabajo pastoral con adultos y jóvenes adquiere un valor paradigmático, según el Directorio General de Catequesis, la Exhortación Catechesi Tradendae y el documento del Episcopado Español Catequesis de la Comunidad:

«La Catequesis de adultos es la forma principal de la catequesis, porque está dirigida a las personas que tienen las mayores responsabilidades y la capacidad de vivir el mensaje cristiano bajo su forma plenamente desarrollada» (C.T. 43).

Esta acción evangelizadora de anunciar el mensaje de Jesús, como respuesta a las Aspiraciones humanas, conlleva los rasgos siguientes:

- Liberar a las personas de las falsas imágenes de Dios, de los reduccionismos existenciales y de los ídolos que se apoderan de la vida. Únicamente será posible si la persona de Jesús aparece como el Modelo, el Camino y el Artífice del hombre nuevo.
- La preparación de catequistas jóvenes y adultos que tengan una fe madura desde una experiencia comunitaria. Catequista es el que testimonia los valores del Evangelio y se presenta como modelo de identificación para el que se inicia.
- Toda acción evangelizadora de la Iglesia debe tener un talante catecumenal, es decir, debe provocar la conversión y encaminar hacia la opción personal por Jesús, la integración en la comunidad eclesial y el compromiso transformador de la realidad. Estas exigencias hablan de la necesidad de un proceso que englobe actividades y actuaciones esporádicas.
- La preocupación constante de los agentes de pastoral debe ser el tratar de responder a las dos cuestiones claves que apunta Dionisio Borobio: «¿Cómo se hace un cristiano?» y «¿Cómo se renueva una comunidad?». La respuesta está en el recorrido en grupo de un «iter» catecumenal.

«Es el decreto 'Ad gentes', del Concilio Vaticano II, el que mejor ha descrito la dinámica de todo proceso evangelizador, mostrando la lógica interna con la que sus elementos se suceden: testimonio y presencia de la caridad (nn. 11 y 12), primer anuncio del Evangelio y conversión (n.13), catecumenado e iniciación cristiana (n. 14), formación de la comunidad cristiana y apostolado (n.15).

En este sentido, la dinámica del proceso evangelizador aparece definida por tres fases o etapas sucesivas: acción misionera (con los no creyentes), acción catecumenal (con los recién convertidos) y acción pastoral (con los fieles de la comunidad cristiana)» (C.C. n.º 27)

Este orden se constituye en «paradigma» en el que todos debemos inspirarnos para vivir el proceso evangelizador que «se cierra y se abre continua-

mente» y que despliega los siguientes elementos según el nº 28 del documento de los obispos españoles «catequesis de la Comunidad»:

- Intentar renovar la humanidad según los valores del Reino.
- Testimoniar la vida nueva.
- Anunciar explícitamente el Evangelio a los no creyentes y educar en la fe a los creyentes.
- Tratar de suscitar la adhesión del corazón al Evangelio.
- Crear espacios comunitarios que sean «luz» y «sal de la tierra».
- Celebrar en los sacramentos el encuentro con el resucitado y el don del Espíritu.
- Hacer apostolado activo en todos los ambientes.

2. PRESUPUESTOS EVANGELIZADORES SEGUN EL VATICANO II

Hay que ser precisos y serios para llamar a cada cosa por su nombre y hacer más eficaz la labor evangelizadora de la Iglesia. El Concilio Vaticano II presenta una comprensión de la Iglesia como sacramento de Cristo para la salvación del mundo; la dialéctica de estar en el mundo sin ser del mundo para la salvación de todo hombre, pone los siguientes presupuestos a la acción evangelizadora:

- Lo prioritario es todo hombre en pluralidad de situaciones al que hay que liberar con el anuncio de la Buena Noticia de Jesús. Por lo mismo, la Iglesia aparece como «sirvienta de la humanidad» (Pablo VI). Esta actitud eclesial propia del «homo serviens» pide coherencia interna y convergencia socio-cultural.
- La evangelización empieza a suscitar en el hombre un interrogante por el significado y sentido de la vida. El mensaje de Jesús sólo puede ser recibido por quien tiene una actitud de búsqueda; por consiguiente, la acción evangelizadora debe empezar por la crítica y superación del consumo, la competitividad y el olvido de los fines.
- Convince quien vive lo que proclama; mejor, únicamente se puede proclamar con verdad lo que se vive. Se evangeliza desde una vida que encarne la paradoja de la cruz: es necesario morir por los demás para recuperar la verdadera vida. El testimonio de gratuidad es lo que puede hacer más actual y visible la salvación del Dios de Jesús.

- El problema inicial con que choca frontalmente la evangelización es el de la convocatoria: ¿cómo puede la Iglesia y el cristiano hacerse presente y convocar? Únicamente se puede decir algo a los demás y hacer algo por su causa cuando se dice y hace «desde» su situación y «con» ellos como protagonistas de su propia liberación.

Es necesario dar con formas de presencia y temas que generen interés en la juventud y el mundo adulto.

- La evangelización tiene tres momentos constitutivos y sucesivos: anuncio misionero que provoque la conversión inicial, proceso catequético que ayude a dar sentido a la vida desde la fe y facilite la identificación vocacional e inserción eclesial, y la pastoral que mantenga la identidad de la vida cristiana y su proyección apostólica.
- El pequeño grupo constituye el ámbito moral donde se puede madurar la persona y la fe a través de la experiencia común. Es evidente que la acción misionera y las catequesis ocasionales no piden con tanta fuerza la exigencia del grupo reducido; no obstante, hay que procurar que el grupo o comunidad cristiana continúe más allá de las catequesis sistemáticas como forma normal de vivir la fe.
- La evangelización constituye un proceso que tiende a la formación del hombre nuevo por la actitud de escucha a la Palabra de Dios, de disponibilidad a la voluntad de Dios, de cambio de mentalidad y actitudes y de discernimiento para saber lo que es bueno y agradable a Dios, y más necesario para aquellos con quienes convivimos.
- Los jóvenes y adultos son los destinatarios preferenciales de la evangelización, pues únicamente ellos están en disposición de dar una respuesta plena y total a Jesús que invita al seguimiento. La evangelización y catequesis de niños y adolescentes será mucho más fácil y eficaz si los padres y adultos con quienes se relacionan son cristianos adultos en comunidad de fe y vida que pueda servirles de referencia.

3. CARACTER UNITARIO Y GLOBALIZANTE DE LA EVANGELIZACION

Una de las exigencias de la fe es su carácter totalizante, es decir, la posibilidad que tiene de llegar a ser el elemento articulador e inspirador de toda la vida del hombre en sus diferentes niveles. Más aún, la madurez de la fe no es posible si no se supera la vivencia religiosa como algo marginal y esporádico, y se la sitúa en el centro de la personalidad. Si la fe es un

modo nuevo y original de situarse en la historia y leer la realidad, la evangelización debe interrogar profundamente al hombre y ofrecerle una respuesta de sentido que le dé unidad interior y facilite un proyecto de vida. En definitiva, Dios en Jesús se presenta como el único Absoluto que puede hacer feliz, libre y solidario al ser humano de cualquier lugar, época y cultura.

El carácter globalizante de la evangelización significa que se dirige a la persona y a sus dinamismos más profundos, como son las decisiones, preferencias, opciones y valores. En todos ellos se hipoteca el futuro de alguna forma; por lo mismo, tienen carácter vocacional. El Mensaje de Jesús expresa la iniciativa gratuita de Dios que nos invita a colaborar en el plan salvador de forma personal y también comunitaria.

La acción pastoral busca la maduración vocacional del cristiano para que se identifique cada vez más con Cristo Jesús, el «homo serviens» iniciador de unas nuevas relaciones entre los hombres y de éstos con Dios. La personalidad cristiana es profundamente oblativa y está disponible para responder a los dinamismos evangélicos del Reino de Dios que se abre paso entre la realidad y la utopía. Al insertar la evangelización en el proceso de crecimiento madurativo, la pastoral requiere una auténtica pedagogía de fe que tenga como protagonista al catequizando en su situación concreta, y que le sea significativa respecto de sus ritmos vitales. Es decir, todas las etapas de la psicología evolutiva y las experiencias que conllevan pueden ser iluminadas por la fe y el testimonio-acción de la comunidad cristiana que acompaña el caminar de los que son iniciados al Misterio cristiano.

Evangelizar no es hablar de la vida cristiana —como quien relata o describe una doctrina—, sino como quien ayuda al encuentro con el Señor de la vida y la historia desde el gozo desbordante y misionero de quien da testimonio de lo que ha «oído, visto y palpado».

4. CONFIGURACION ACTUAL DE LA EVANGELIZACION

Las orientaciones del Concilio Vaticano II y su desarrollo posterior, juntamente con la praxis pastoral plural y rica de las últimas décadas, han configurado un común talante evangelizador y una reflexión teológica, que son profundamente iluminadores. Los rasgos principales que caracterizan la acción evangelizadora, y en que se produce una acción convergente de la mayor parte de los agentes de pastoral, son los siguientes:

- La juventud actual pide de forma más o menos explícita una respuesta que dé sentido a su vida y unifique su personalidad dispersa, masificada y manipulada por multitud de factores interiores y exteriores.

- Las ofertas pastorales deben presentarse como procesos grupales/comunitarios, en los que se produzca un encuentro con el propio yo y una apertura relacional/social a los otros y al mundo en que vivimos. Esta interiorización y apertura ayudan a madurar y a encontrar un estilo de ser persona capaz de informar un proyecto de vida que incluya la ética profesional, el estado de vida y el compromiso respecto a los demás.
- El descubrimiento del vivir cristiano es profundamente experiencial, compartido y operante. El diálogo, la revisión de vida y el análisis de la realidad desde las claves evangélicas, ayudan a tal descubrimiento.
El sentido que aporta la fe pasa por la visión del mundo, las situaciones personales y el proyecto de futuro.
- Los elementos constitutivos de este caminar vienen dados por la relación dialéctica entre fe y vida que contextualiza la oración-celebración, y trascendentaliza la praxis transformadora de la realidad. Una y otra cosa sólo son posibles si se está a la escucha del Espíritu, y con discernimiento evangélico se leen los signos de los tiempos.
- La actitud de conversión constante por parte de evangelizadores y evangelizados es la que mejor puede posibilitar la maduración de la fe. Pedagógicamente se logra cuando la profundización de las propias experiencias se contrasta con las de Cristo y la Iglesia. Sólo así la persona estará en constante búsqueda y superación compartida; este talante es lo que mejor puede formar la conciencia moral y potenciar un estilo nuevo de persona.
- Se evangeliza desde la situación que viven los destinatarios del mensaje y con los que se comparte las preocupaciones y esperanzas. Sólo una acción misionera que parta de la presencia puede ser significativa en anuncio y acción liberadoras. La primera evangelización la realiza la forma de estar entre los hombres y de asumir la situación. Aquí subyace todo el tema de la encarnación para ser solidario con el otro, y ponerse en su lugar como gesto que libera a las personas e inicia un nuevo tipo de relación al desenmascarar y romper las estructuras injustas y de opresión desde la experiencia-envío de un Dios Salvador.
- La evangelización es un proceso que no tiene fin: el evangelizado debe llegar —con el paso del tiempo— a ser él evangelizador; si la *catequesis* y la acción pastoral de las *comunidades* cristianas no lleva a que jóvenes y adultos hagan opciones cristianas y se sientan misioneros de la Buena Noticia para otros, no hemos anunciado el auténtico Evangelio, pues nos ha faltado testimonio personal o no estamos misionando en clave de conversión.

En conclusión, este modo de entender la evangelización supone una postura crítica ante la sociedad burguesa, optar por el acompañamiento lento y progresivo de adolescentes y jóvenes, tener como objetivo prioritario la potenciación de comunidades cristianas que sean marcos referenciales e iniciar a las nuevas generaciones en el testimonio martirial y el compromiso por liberar la realidad deshumanizada para que sea historia de salvación.

5. AFIRMACIONES, RETOS Y URGENCIAS PASTORALES A VEINTE AÑOS DEL CONCILIO VATICANO II

Vivimos un momento histórico de agnosticismo en las creencias e indeferentismo en las prácticas y compromisos concretos. La sociedad actual no socializa la fe como ocurrió en otras épocas; por lo mismo —si ambiente social y religioso son básicamente diferentes—, también lo ha de ser la educación de la fe. En este contexto socio-cultural y político, nuevo para los españoles, debemos llevar a la práctica las orientaciones doctrinales y pastorales sobre la misión de la Iglesia en el mundo actual del Concilio Vaticano II, y que la Conferencia Episcopal Española ha concretizado hace poco en un documento.

5.1. *AFIRMACIONES* para un tiempo que vive un proceso de secularización y la evangelización necesita talante crítico para ser fiel al hombre de hoy sin desvirtuar la identidad del mensaje que anuncia:

1.^a *El Evangelio sigue hoy teniendo mucho que decir en un mundo que mira al futuro.* Creemos que el mensaje de Jesús apuesta por la creatividad, la esperanza y la utopía. Esta exigencia evangélica pide de la Iglesia desinstalación, actitud de servicio al hombre y potenciación de todo lo renovador y liberador. Los primeros que tenemos que ilusionarnos somos los creyentes y los agentes de pastoral.

2.^a *La evangelización del hombre actual debe partir de una presencia solidaria de la Iglesia en los problemas graves que afectan a la población más desfavorecida de bienes medios.* Desde esta presencia liberadora deben encontrarse las claves para interpretar el momento cultural, ofrecer el anuncio de la Buena Nueva, la identificación-pertenencia eclesial y la participación con otras personas o grupos de la humanización de la sociedad actual.

3.^a *Nos sentimos Iglesia y sentimos a la Iglesia como sacramento de Cristo para la salvación del mundo.* Este ser Iglesia «signo», «ámbito» y «realidad» de salvación para todos los hombres, la evangelización es la tarea primordial y el futuro de la misma Iglesia que misiona.

El hombre actual encuentra difícil armonizar lo racional, lo eficaz

caz y lo gratuito. Necesitamos nuevos símbolos, gestos y formas que, sin ser explícitamente cristianos, posibiliten el encuentro con el Misterio y la experiencia religiosa. Lo que se es y la forma de vivir es el principal signo que ofrecemos y desde el cual los otros gestos cobran uno y otro significado.

- 4.^a *La realidad es el punto de partida y de llegada de la acción evangelizadora*, pues así la historia será historia de Salvación y la utopía humana será Reino de Dios. Confiamos encontrarnos con Dios en este modo de hacer, pues el Dios de Jesús no es un presupuesto, sino un ser personal que sale a nuestro encuentro como liberador radical y definitivo de toda persona y pueblo.

El Dios cristiano da luz y vida a la historia a la que proyecta la confesión de fe a la que lleva la evangelización expresa la vida nueva desde Dios y el compromiso de comunicar lo que se tiene como «tesoro precioso», por lo que se está dispuesto a arriesgarlo todo hacia un futuro pleno y gozoso para todos.

- 5.^a *Como Iglesia española, debemos preguntarnos con sinceridad y verdad hasta qué punto los españoles estamos evangelizados y somos cristianos adultos, es decir, convertidos y adheridos al Evangelio de Jesús*. ¿Nuestra casa está sólidamente edificada sobre roca o, por el contrario, vivimos sobre arena movediza?

«La Evangelización es un paso complejo, con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado» (E.N. 24).

Manifestamos que estamos o no evangelizados a través de todo lo que somos, decimos y hacemos. «La actividad eclesial no evangeliza más que cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión, se hace predicación y anuncio de la Buena Nueva» (E.N. 15). «Recogiendo la intuición pastoral de Pablo VI en la Exhortación «*Evangelii Nuntiandi*», entendemos, pues, por evangelización la totalidad de ese proceso, en la integridad de todos sus elementos. Los sacramentos son un elemento interior al proceso total de la evangelización. «La Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de la evangelización» (P.O. 5) (C.C. 25).

- 6.^a *Estamos vitalmente convencidos de que la fe en Jesús aporta un sentido tan radical y definitivo a la existencia humana que resulta ser el elemento más liberador a nivel personal y social*. Ahora bien, este anuncio que hace la Iglesia debe ser coherente con la vida y praxis «ad intra» para que sea creíble por la mentalidad crítica y el talante ético de la humanidad actual. Uno y otro aspecto no son posibles sin experiencia de Dios y de los hermanos más necesitados; sólo así, la Iglesia será «sacramento de salvación» en el mundo. La fraternidad cristiana será el mejor modo de hacer presente y operante la apuesta decidida por la dignidad y libertad de la persona

humana y por un mundo más justo y solidario. Así lo expresó el Sínodo Mundial de 1971: «La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presentan claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia.»

7.^a *Como creyentes y como comunidades cristianas afirmamos la necesidad de superar constantemente las tentaciones de tener, dominar y competir, que la sociedad sostiene y alimenta.* Unicamente optando por las Bienaventuranzas la Iglesia podrá ser levadura en medio de la masa y su mensaje será anuncio de vida.

Este estilo nuevo de vida es el propio de los que se han encontrado con el resucitado y sintiéndose perdonados optan por ser instrumentos y ámbitos de reconciliación en un mundo dividido, injusto y opresor.

Hay que ver al pobre como el sacramento de Dios que nos invita a transformar las situaciones de injusticia para que aparezca la humanidad nueva que es proyecto, tarea y don.

5.2. *RETOS* que la situación actual plantea a la Iglesia en su tarea de evangelizar:

1) *El agnosticismo y el indiferentismo* religioso caracterizan a una parte considerable de la población joven y adulta. El fenómeno de la in creencia y la no práctica religiosa ha alcanzado en España cotas muy altas y nunca superadas hasta el presente. Estos datos son un síntoma claro de la situación que el hombre de la calle está viviendo como consecuencia de muchos fenómenos sociales, culturales, políticos y religiosos. Es claro que las «lagunas en la formación» cristiana y la falta de coherencia entre fe y vida ha impedido en muchos casos un cristianismo adulto y una consciente pertenencia eclesial.

Es preocupante el número de adolescentes y jóvenes que prematuramente se marginan o son marginados de los ámbitos eclesiales, de formación cristiana y de posibilidades culturales y humanas que les dificultan un proceso de maduración cívica, educativa y cristiana. A esta situación podríamos añadir las ambigüedades de algunos humanismos cristianos que presentan un aspecto reduccionista o parcial de la fe y vida cristianas y contribuyen a la confusión. La in creencia, el hedonismo generalizado y la falta de preocupación por los problemas humanos ha generado un tipo de hombre poco interesado por el sentido de la vida, la trascendencia y la solidaridad.

Esta situación requiere nuevas clases de análisis, criterios iluminadores y respuestas actuales.

2) *«La Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino de Cristo, a fin de comunicar a los hombres los frutos de la salvación»* (L.G. 8). Recorrer el camino de Cristo Jesús supone asumir la lógica interna

del Evangelio plasmado de una vez para siempre por el «Homo Serviens» que procura ayudar a todos los hombres compartiendo su vida y destino y poniéndose en su lugar.

Este reto se concreta en una seria revisión de la comunidad cristiana para ser fiel a su origen y a su fin, pero utilizando los medios concordantes con la vida que lleva y anuncia: presencia cualitativa, desde la conversión del corazón, urgida por la liberación de los pobres, en actitud de esperanza y en acción convergente con todos los que trabajan por el hombre.

- 3) *El reto de las «necesidades y urgencias» de los hombres.* Es necesario leer la realidad con ojos y sensibilidad evangélicas para percibirse de los gritos más apremiantes de los que padecen, y establecer una jerarquía de prioridades. La aportación eclesial pasa por este análisis de la realidad, aunque no se agote en él.

Hacer esta lectura supone reconocer al pueblo como el protagonista de la historia, y conceder a la praxis transformadora una importancia grande, incluso como método en el mismo modo de conocer la realidad. La presencia personal y comunitaria, así como la acción comprometida por la libertad, participación y solidaridad actúan como filtros a la hora de percibir y de responder a las necesidades más apremiantes.

Los sucesos no se ven de igual manera desde cualquier situación. No por manido debe dejar de repetirse el dicho de que «pensamos como vivimos y no vivimos como pensamos». El punto de toque es la praxis, es decir, el testimonio más la presencia y la acción comprometida en favor de los más desheredados. Los problemas más graves que actualmente tenemos son: la crisis económica y el paro, la desigualdad de oportunidades, la violencia en todas sus formas, el armamentismo y la paz, la manipulación de la juventud por el consumo y el uso de los medios de comunicación, la poca ayuda a países del Tercer Mundo, la falta de ilusión en el futuro, etc.

Ante estas situaciones, ¿qué decisiones hay que tomar, desde qué criterios y con qué cauces operativos? No olvidemos que la fe incide en la vida a través de las mediaciones éticas.

- 4) *Existe de hecho una no satisfactoria conexión de la Iglesia con los universitarios, trabajadores y jóvenes.* La acción evangelizadora y el proceso posterior de profundización en la fe, comienzan siempre con una convocatoria que posibilite la comunicación y el encuentro. Cuando esto no se da, se pone en peligro la formación cristiana posterior que lleve la adhesión plena y profunda a Jesús vivo y presente entre nosotros.

¿Cómo resucitar temas que generen interés en el mundo intelectual, juvenil y trabajador? ¿cómo estar presentes para poder conectar con las búsquedas, problemas y esperanzas de aquellos a quienes se pretende evangelizar?

Al tratar de responder a estos interrogantes vuelve a surgir el tema de los condicionantes no integrados: diálogos entre fe-cultura, oferta de motivos a las nuevas generaciones para «vivir y esperar» y fe-compromiso político en el ámbito socio-laboral. Sólo alumbrando en estos sectores humanos la Buena Noticia del Evangelio que ofrece la posibilidad de ser más feliz y solidario se puede lograr una identificación-inserción eclesial entre los más alejados de la fe cristiana.

- 5) *El hombre de hoy pide nuevos gestos y símbolos.* La presencia y el encuentro festivo del hombre con lo sagrado se produce siempre a través de mediaciones seleccionadas por las culturas. ¿Cómo despertar en el hombre técnico-consumista el sentido de lo trascendente? ¿Cómo vivir hoy la gratuidad, el silencio y la contemplación? ¿Qué símbolos sin ser explícitamente cristianos son comprendidos por el hombre actual, le provocan y convocan a la celebración? ¿Qué gestos revelan mejor la acción liberadora de Dios en favor de los hombres de su pueblo?

En tanto los creyentes no aparezcamos como «contemplativos en la acción» uniendo «ética y estética», paz interior y compromiso social, no daremos respuesta a esta carencia de vida interior, de esperanza y utopía que padece la sociedad actual en su funcionamiento, lenguaje y experiencias.

5.3. *URGENCIAS PASTORALES en el momento presente. Son la consecuencia de las afirmaciones y retos expresados en los apartados anteriores.*

1. *Reevangelizar la comprensión que la Iglesia tiene de sí misma y de su misión.* La experiencia de sentirnos convocados por el Resucitado como Iglesia que vive la comunión y el servicio nos debe ayudar a superar el dualismo en la salvación cristiana, el juridicismo en la organización de la Iglesia, y la mentalidad estática e impersonal en la formulación del ideal moral cristiano.

La Iglesia podrá humanizar la vida social en la medida en que su misma vida interna transcurra por los mismos cauces de respeto, diálogo y comprensión que pide para la sociedad.

Uno y otro aspecto se verán enormemente potenciados desde la imagen trinitaria de la Iglesia (Jn. cp. 14 y 17) y desde su comprensión como Pueblo de Dios en marcha hacia la plenitud escatológica. En este caminar su misión es ser sacramento de Cristo y signo de salvación para todo hombre desde lo que vive antes que desde lo que hace.

2. *Ser lo que se proclama: depositarios e instrumentos del Amor de Dios para construir la Fraternidad Universal.* Urge la creación de comunidades fraternas donde se viva la acogida, la presencia entre los más necesitados, la lucha por los Derechos Humanos, la paz y la reconciliación...

Es necesario pasar de una acción benéfica y asistencial a una atención más estructurada, informada por datos y convergente con la realizada por otros grupos.

Da la impresión que la preocupación social no inquieta la conciencia de muchos cristianos, no siempre incluimos la justicia en el anuncio del Evangelio y nuestros centros educativos no fomentan lo suficiente una mentalidad crítica respecto a las injusticias sociales. Este tema sigue siendo propio de pequeños grupos sensibilizados y activos por estos problemas ante los buenos sentimientos y deseos o la pasividad de una gran mayoría de creyentes.

3. *Recuperar una evangelización con talante misionero.* La tendencia natural es la de conservar, repetir y atender a los que vienen a nuestras obras, comunidades e instituciones.

Esta actitud se veía favorecida por la suposición de que la familia, la escuela y el ambiente de forma casi espontánea aseguraban la socialización de la fe. La historia nos ha manifestado que esto ni ha sido así, ni es el mejor camino para acompañar a un cristiano hacia la madurez. Frente a una pastoral masiva de «mantenimiento» a base de acciones pastorales esporádicas, es necesario promover una pastoral misionera, de «crecimiento» y concebida como proceso. Para ello hay que empezar por ir y hacerse presente en ambientes que no han oído la Buena Noticia.

Las piezas claves que mantienen esta opción son los grupos comunitarios evangelizados y evangelizadores, que viven la fe como proceso de conversión y aportan al mundo utopía, esperanza y compromiso transformador.

Necesitamos descubrir las mejores plataformas de evangelización y destinar a este ministerio las mejores personas y medios. También se debe incrementar la acción evangelizadora en las zonas-límite que son la increencia, la trivialización de lo cotidiano y la marginación social.

Cuando lo que parecía imposible es realidad y los pobres sean los protagonistas de la historia, entonces el Reino de Dios proclamado habrá echado raíces entre nosotros.

4. *Crear, potenciar y animar comunidades cristianas.* La misión de la Iglesia se vive desde las comunidades que se renuevan y crecen con nuevos miembros. El «venid y veréis» del primer capítulo del Evangelio de San Juan conserva plena vigencia y se traduce en grupos de adultos en la fe que convoquen al seguimiento de Jesús, acompañen a los que se inician y reciban a los jóvenes creyentes que ha madurado su opción cristiana.

Los modelos de identificación que niños y adolescentes más necesitan, son adultos que compartan comunitariamente la fe y la misión. Sin estos modelos y cauces comunitarios se pone en peligro el futuro de la misma Iglesia y el cumplimiento de su misión.

El documento de los obispos españoles, Catequesis de la Comunidad (22-II-1983) en el nº 248 dice lo siguiente respecto de los jóvenes:

«La catequesis de jóvenes ha de tender a la creación de comunidades cristianas juveniles, en las que la presencia de jóvenes matrimonios militantes puede ayudarles a enfrentarse con su propio futuro y, además, ha de fomentar que los propios jóvenes sean catequistas de otros jóvenes».

5. Prioridad de la catequesis en línea catecumenal. La afirmación de esta urgencia afecta a todos los niveles, pero primordialmente a la catequesis de adultos y de jóvenes, que son los que pueden vivir en plenitud el mensaje cristiano. La catequesis de adultos es el modelo referencial de la catequesis en cualquier otro nivel; estos adultos convertidos que han profundizado su fe serán desde su experiencia catequistas de niños y adolescentes.

La inspiración catecumenal de la catequesis exige que ésta sea concebida como un proceso con etapas intermedias debidamente estructuradas y conectadas. El fin de todo catecumenado viene marcado por la opción por Cristo, la inserción activa en la comunidad cristiana adulta y la identificación vocacional que armonice fe y vida.

«El catecumenado no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una formación y noviciado, convenientemente prolongado, de la vida cristiana, en la que los discípulos se unen a Cristo, su maestro.

Iniciense, pues, los catecúmenos convenientemente:

- en el misterio de la salvación,
- en el ejercicio de las costumbres evangélicas,
- en los ritos sagrados, que han de celebrarse en los tiempos sucesivos,
- y sean introducidos en la vida de fe, de liturgia y de caridad del Pueblo de Dios» (A.G., 14).

Por otra parte, los catequistas deben ser los primeros en vivir su fe en comunidad, sentir la necesidad de una preparación específica y llevar vida de oración para hablar y actuar desde lo experimentado; es decir, difícilmente se puede ser catequista sin haber hecho el catecumenado con profundidad y amplitud. La catequesis de la que hablamos se dirige también a muchas personas con fe sociológica y que necesitan replantearse su vida cómoda y sin sentido, apagada por la sociedad de consumo. El diálogo fecunda, el desarrollo del análisis crítico, el compromiso creyente y la vida comunitaria ayudarán a recorrer el camino de esta renovación; este modo de hacer y vivir no es sólo método, es también contenido de lo que se busca y constituye la pauta de la vida cristiana posterior.

CONCLUSION

«Hacer de la fe el objetivo primordial y expreso del esfuerzo pastoral de la Conferencia Episcopal es iniciar una era distinta de aquella en la que

la fe de los españoles se podía dar por supuesta y suficientemente protegida por las instituciones y fuerzas sociales. De alguna manera, con esta orientación se quiere responder a una situación que requiere la claridad y la fuerza de una pastoral evangelizadora y misionera.» (Conf. Episc. Española: Programa pastoral. *La visita del Papa y el servicio a la fe de nuestro pueblo*. Ed. Edice. Madrid, 1983, pág. 5).

Los veinte años que nos separan del Concilio son un buen motivo para retornar sus orientaciones, evaluar sus aplicaciones, sopesar logros e insuficiencias y proyectar el futuro de la Iglesia.

Con la objetividad que nos da la distancia, los resultados que sabemos y la urgencia de extender el Reino de Dios, preguntémonos con la mano en el corazón y los ojos en el Resucitado:

- 1.º ¿Qué realidad pastoral estamos viviendo a nivel personal, comunitario e institucional?
- 2.º ¿Realizamos una pastoral masiva y de actividades o desarrollamos un proceso en clave de grupo y de conversión?
- 3.º ¿Conectamos con la cultura de nuestro tiempo y las personas del ambiente en el que vivimos y trabajamos? ¿Desde qué «situación» evangelizamos?
- 4.º ¿Cómo analizamos la realidad eclesial y humana, qué urgencias percibimos desde los más necesitados y desde qué criterios vamos a responder?
- 5.º ¿Qué objetivos nos proponemos para los próximos años y qué cauces operativos vamos a asumir para ser fieles al Vaticano II y al hombre de finales del siglo XX?

No olvidemos que «el futuro será de aquellos que sepan dar a las nuevas generaciones razones para vivir y para esperar» (Mensaje final del Vaticano II).

Urge hoy más que nunca la necesidad de agentes de pastoral juvenil que tras su experiencia catecumenal se sientan evangelizadores de otros jóvenes, y tras una preparación específica en teología y catequesis convoquen, acompañen y ayuden a identificarse vocacionalmente a otros que estén aprendiendo el seguimiento de Jesús.

«Finalmente, es a vosotros, jóvenes de uno y otro sexo del mundo entero, a quienes el Concilio quiere dirigir su último mensaje. Porque sois vosotros los que vais a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Sois vosotros los que, recogiendo lo mejor del ejemplo y de las enseñanzas de vuestros padres y educadores, vais a formar la sociedad de mañana; os salvaréis o pereceréis con ella» (Mensajes de Concilio a la Humanidad).

«Este aumento de la importancia de las generaciones jóvenes en la sociedad exige de ellos una correspondiente actividad apostólica, a la cual los

jóvenes DEBEN CONVERTIRSE EN LOS PRIMEROS E INMEDIATOS APOSTOLES DE LOS JOVENES, ejerciendo el apostolado personal entre sus propios compañeros, habida cuenta del medio social en que viven» (AA 12).

«De este modo, los grupos juveniles cristianos son, *en medio de los jóvenes*, UNA PALABRA PROFETICA. Compartiendo sus condiciones de vida van haciendo que la Iglesia sea palabra, mensaje y diálogo» (EN. 60).